

Aproximación al Sí y al No del Mobbing

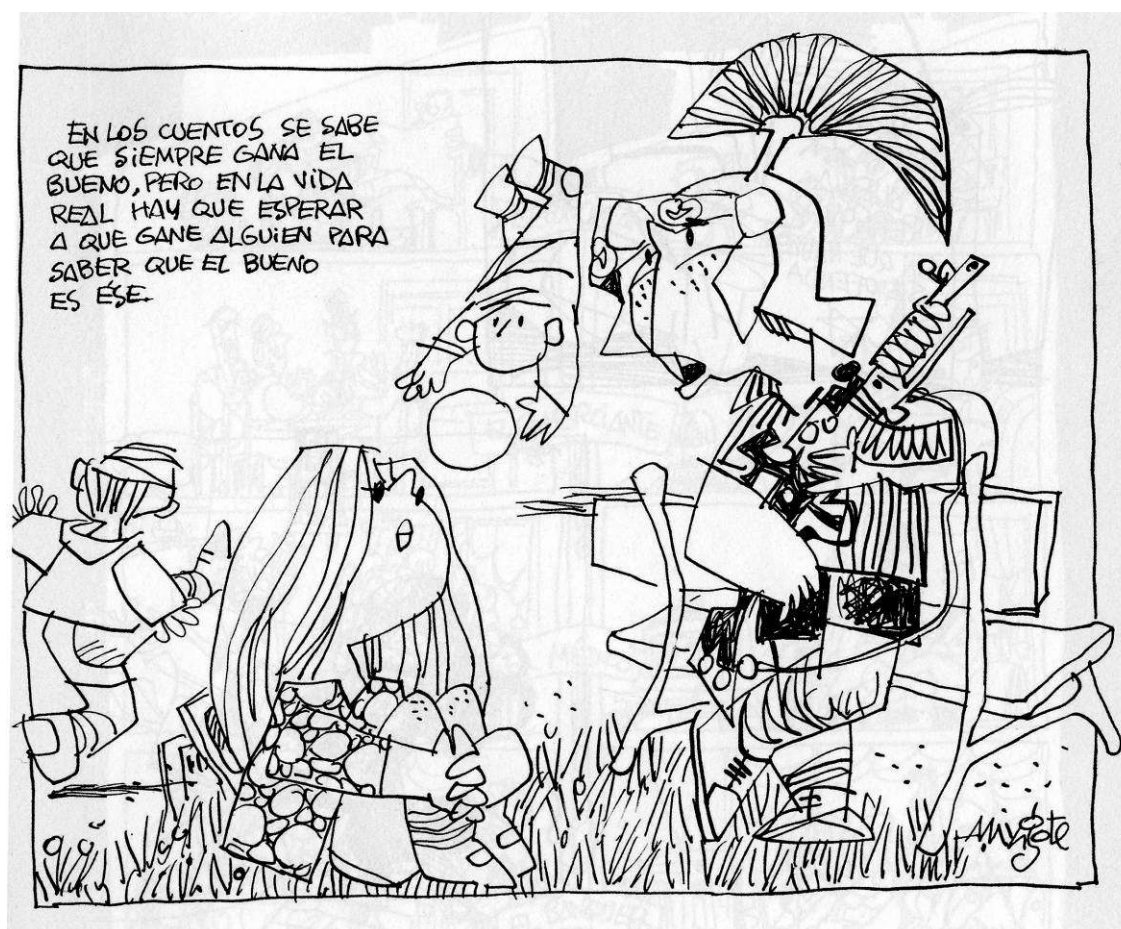
Francisco Fuertes Martínez
Universitat Jaume I

Publicado (sin las viñetas de Mingote) en:
Quaderns de Salut Laboral i Medi Ambient/ Març 2010, 3(6): 8-9.

Con la venia de Eugenio: Saben aquel en el que un jornalero encuentra a otro completamente magullado en medio de la dehesa y le pregunta qué le ha pasado. –Pues que al llegar esta madrugada -responde- me persiguieron dos toros gemelos, me dirigí a uno de los dos primeros árboles que vi, con tan mala pata -por estar borracho- que quise subir al árbol que no era y me pilló el toro que sí era.

Todo un compendio de ontología -el ser es, el no ser no es. Nada simple, ya que la discriminación no fue posible si no a “a toro pasado”. Intentemos anticiparnos a lo que puede ser, o estar siendo Mobbing antes de un grave desenlace por pasividad epicúrea: mientras no hay aniquilación no hay mobbing, cuando ya la hay, no hay nada que hacer.

No trataré de distinguir entre Mobbing, Bossing, Bullying, Acoso u Hostigamiento Moral o Psicológico, Psicoterror, Presión Laboral Tendenciosa, Gaseamiento Social u otros términos emparentados. A estas alturas nos da igual galgos que podencos, como en los fundamentos de la biología, no interesa tanto la distinción entre aves y mamíferos como entre seres vivos y piedras; o quizá, entre animales y vegetales.



Es bien sabido que suficientemente espaciadas en el tiempo y en igualdad de otros factores, las agresiones psicosociales no suelen causar graves daños si no marcar el territorio, la identidad, de unos y otros. La diferencia aquí está en la reiteración de una nueva agresión antes de que la anterior haya cicatrizado. Es intrascendente robar unos céntimos, no así modificar el programa informático de un banco para que trunque los decimales de las operaciones monetarias y los ingrese en la cuenta del ladrón. Otra explicación al revés: “Voy a abrir un bar de aeropuerto –decía Coll- con el que me voy a hacer rico cobrando las cervezas a 200.000 pesetas”. Replicaba Tip: “Pero hombre, así malamente vas a vender una a algún desesperado”. “Pues eso, con una que venda, hago el mes”.

Más grave aún que una reiteración rítmica lo es la aleatoria, impredecible, sorpresiva. Un simple grifo que gotea -o unos ronquidos- a medianoche son molestos, pero si lo hacen aleatoriamente resultan insoportables. El desasosiego que provoca el mero escuchar los detalles de una historia de acoso se produce en el oyente, entre otras razones, por lo errático de los acontecimientos, por la falta de una estructura narrativa lógica racional/mecánica. Y es que no la tiene. Los acontecimientos se narran caóticamente porque así lo son o han sido. El planteamiento es abrupto, todo es nudo, no se vislumbra el desenlace. Cuando no eres el oyente, si no protagonista, esta dinámica -entre otros efectos- te sitúa en un permanente estado de hipervigilancia, análogo al que soporta todo el globo ante la mutación sorpresiva de la gripe de este invierno; o los hipercontroles aeroportuarios frente al terrorismo impensable.

Este ritmo aleatorio de agresiones tampoco es estrictamente lineal, una “sucesión de sucesos sucedidos sucesivamente”; si no de múltiples ramificaciones; y sobre todo, efectos retroactivos y proyecciones de futuro por los que las agresiones pasadas adquieren significados más y más dañinos convirtiendo el futuro en un negro presente indefinido. Círculos viciosos que se replican a sí mismos con la dinámica fractal de los copos de nieve o de los fiordos de Noruega.

Entra en lo “tolerable” lo que tiene un límite cuantitativo y cualitativo, proporcional al motivo de conflicto (legítima defensa), donde se vislumbra un fin, como se espera la calma después de la tormenta, porque se cuenta con una barrera moral infranqueable que si alguien cegado por la pasión supera, también corrige alumbrado por la razón y la emoción social empática. En democracia sólo el estado se reserva el uso de la violencia física, pero en cuanto a la psicosocial, ni el estado democrático está legitimado. ¡Oh Guantánamo!. *Quienes son abocados a atravesar este umbral abandonan casi toda esperanza*, a través de las atribuciones deshumanizantes que ello significa: se le niega la dignidad que se concede al peor de los criminales. La gama de respuestas del acosado es análoga a las del estado de derecho frente al terrorismo salvaje; peor aún exponenciadas por la total impotencia del *solo ante el peligro*.

Una cosa es un conflicto en igualdad de fuerzas: interpersonal o “lucha de egos” o intergrupar o lucha política. Pero muy otra la de grupo contra individuo, donde el grupo tiende hacia la omnipotencia manipulando y difundiendo significados e interpretaciones tendenciosas, mientras que la víctima es abocada hacia la absoluta indefensión por aislamiento esterilizante en lo relativo a la representación social de los acontecimientos.

No es Mobbing estrictamente hablando, pero sí de la familia y merece un extenso tratamiento aparte, la agri dulce violencia que se ejerce contra los individuos que habiendo sufrido las mismas presiones de sometimiento a una voluntad arbitraria que el acosando, aquel se somete mientras el futuro acosado se rebela. El sometido traga por pragmatismo o impotencia ya inicial, en evitación de males mayores, pudiendo desinfectar mejor sus heridas sociales con el bálsamo que aporta el compartirlas. En esta situación hay una variedad de personas, más o menos concienciadas, que conforman parte del coro orquestado por el acosador, unos activa, otros pasivamente. En un entorno acosador reina el miedo compartido

que he propuesto llamar **Mobbing Sociológico**. Estas peculiaridades están poco estudiadas, pero ahí dentro también hay víctimas y verdugos variados.

Las agresiones del lado de lo llevadero tienden a ser genéricas, comodines infantiles. Las agresiones graves lo son “a la medida de la persona y su circunstancia” descalificando los valores centrales que ahí están en juego. Recordemos, por ejemplo, que a Sócrates se le abocó al suicidio no tanto por calificarlo de “maloliente” o “huraño” si no como “corruptor de menores”.

Lo llevadero tiende a ser transparente, hay lo que se ve, mientras que lo perverso cuida la **escenificación** lo histriónico, la participación de testigos ingenuos que hacen “inferencias correspondientes” a favor del poderoso –ciudadano por encima de toda sospecha- y en contra de la víctima. El narrador, el peritaje, ideal de un proceso de acoso sería un antropólogo que transcriba contextualizadamente lo que ha visto con mirada perpleja, incontaminada; y a la vez lo traduzca a las categorías mentales más asépticas de la cultura destinataria del relato. La descontextualización es una de las armas básicas de impunidad del proceso acosador, que se refina contando con el razonamiento inercial del testigo u oyente casual.



Conclusión innecesaria para daltónicos y bioquímicos: Sólo “leves matices” pueden diferenciar entre clorofila y sangre.